

DIANA SCOTT

# Salvaje



DOCTORA KLEIN

II

# Salvaje

Diana Scott

Copyright 2018 Diana Scott

[Prólogo](#)

[Primero](#)

[Un salto al vacío](#)

[Verdades ocultas](#)

[Contigo](#)

[Así no](#)

[Sálvese el que pueda](#)

[A la luz del atardecer](#)

[Hoy o nunca](#)

[Te acepto](#)

[Besos que matan](#)

[Cuestión de tiempo](#)

[Último día](#)

[Olvidando el ayer](#)

[Por siempre](#)

[La última noche](#)

[Todo acaba](#)

[Realidad](#)

[Vuelta a la verdad](#)

[Caminando entre nubes](#)

[No me dejes](#)

[Espérame](#)

[Tiempo](#)

[Mentiras](#)

[De finales y principios](#)

[Los días pasan](#)

[Fracasos](#)

[Verdades y mentiras](#)

[Preso de tus decisiones](#)

[Piedras en el paraíso](#)

[Un final, un comienzo](#)

[Una imagen, mil palabras](#)

[Ultimátum](#)

[No te veo](#)

## Prólogo

¿En qué momento la vida te obliga recorrer aquél túnel oscuro e intrigante y que siempre te negaste traspasar?  
Akim

Brenda pensaba y pensaba recostada en la cálida arena buscando una lógica lo que sólo el corazón puede descifrar. Ella, que era todo juicio y decisión, se encontraba intentando negar una pasión que aún adormecida sollozaba por escapar. Las rejas de un prejuicio aprendido la zarrandeaba en una tormenta de decisiones que taladraban su racional cerebro.

Se estiró sobre la toalla y los ojos se cerraron guardando el calor de un tímido sol que desaparecía aceptando su derrota. Respiró profundo y una pequeña gota indiscreta se escapó bajo sus suaves párpados. Única y tímida, la solitaria lágrima, intentó expiar, con su delicado sabor a mar, una culpa muy pesada de transportar. Presente y futuro, realidad y deseos, sentimientos y obligaciones chocaron como un tren de alta velocidad en una tragedia imposible de evitar. Diez días. Tan sólo diez días hicieron falta para derrumbar cimientos que ella creyó indestructibles. Diez mañanas y una mirada penetrante bastaron para que sus ojos de chocolate se cerraran buscando una pasión deseosa de nacer. ¿Quién decide sobre la verdad o la mentira? ¿Quién define lo real o imaginario cuándo el corazón es el loco motorista de tus deseos? Brenda cerró los puños con fuerza sobre la arena humedecida por la brisa nocturna, y estiró su refinado cuerpo intentando relajar los músculos agotados de tanto pensar. Debía sentirse infame, traidora, mentirosa y cientos de adjetivos más que la gente regala especialmente a mujeres de dudosa conducta, pero ni todas las injurias de la villana sociedad podrían borrarle la

sonrisa grabada en el cuerpo de una mujer amada. Una respiración suave y tibia se acercó a su oído y su cuerpo se erizó reconociéndole tan sólo con su calor. Aquello no estaba bien, pensó entristecida. Sería arrojada al infierno y las llaves fundidas en el ardiente caldero de las pecadoras, sería abofeteada por la sociedad, pero ¿cómo puede una mujer negarse a ese oxígeno que le da sentido a su vida?

—Ven conmigo... —Susurró cual Adán a su Eva, y ella aceptó sin discutir.

No pudo pensar, sólo reaccionar. Su cuerpo pecador y traicionero respondió a su mandato cual esclava ante su dueño. Amor, lujuria, pasión, ternura, verdad, mentira, todas palabras vacías frente a un cuerpo apasionado que no le permite reconocer el querer del deber.

Una mano áspera acarició su seno, que ahora desnudo, se refrescaba con la brisa marina mientras unos labios carnosos acariciaban su cuello. Se estiró hacia atrás buscando mayor contacto y una sonrisa deliciosamente masculina la atravesó. Los parpados cerrados nunca necesitaron abrirse. Reconocía su olor, sus manos y ese delicado calor que emanaba de su aliento antes de rozar su piel. A su lado las pasiones eran un pecaminoso secreto que no nos atrevemos a contar pero que él sabía exactamente como hacerlos realidad.

Los musculosos brazos la sujetaron por la cintura y rodillas y la levantaron cual chiquilla adormecida. Una boca lujuriosa la enloquecía mientras el sonido del mar se distanciaba cada vez más. Sus manos femeninas se arrastraron por su torso hasta cruzarse por detrás de su cuello mientras su boca aceptaba cada caricia. Brenda se sintió transportada a ese lugar del que los poetas escriben pero muy pocos conocen. Ese por el cual muchas suspiran, otras buscan desesperadas y algunas aceptan que jamás encontrarán.

Nada se podía sentir mejor. Abrazada, amada y deseada, era como estar en el cielo. El paraíso existía y estaba allí entre sus brazos. Brenda respondió a cada beso y cada

caricia sintiéndose una mujer completa. Una protagonista de su propio cuento de hadas, una que podía vivir su pasión sin sentirse culpable o responsable de nadie más que ella misma.

Con el más delicado de los cuidados fue depositada en una suave cama y por primera vez abrió los ojos para reconocer su refugio. Una mirada tan azul y tan profundo como el más oscuro de los cielos llameaba de deseo por ella. Su piel se erizo ansiosa y sus senos se irguieron deseosos por ser amados. Un hombre con mirada fiera y penetrante estaba a punto de devorarla mientras su corazón latía esperanzado por ser consumido.

«Lo siento...», pensó antes de perder el conocimiento entre las olas de un mar de besos y caricias que danzaban al compás de sus gemidos.

## Primero

... Cobarde por no intentarlo, cobarde por no reconocer lo  
 que sientes,  
 cobarde por no aceptar que son mis latidos los que te des-  
 piertan cada mañana,  
 cobarde por marcharte sin escucharme decir "te amo"...  
 Akim

*Diez días atrás...*

Brenda desembarcó en el aeropuerto de Ibiza, caminó hasta la salida, enseñó el pasaporte, recogió la maleta y todo ello sin pronunciar ni una sola palabra. Rachel caminó igual de silenciosa, algo bastante inusual en ella, ¿pero qué se le dice a tu mejor amiga cuando la ves "broken total" y no tienes ni pizquita de idea de lo que circula por su "crazy mind"?

La antigua estrella de farándula alzó elegante los cinco dedos de la mano derecha haciéndolos danzar traviosos y detuvo a un taxista que sonriente se acercó y las ayudó a guardar sus dos pequeños bolsos de mano. Pequeños no, ¡pequeñísimos! Pensó molesta. Ese es el precio que debes pagar cuando sales huyendo despavorida de unos maridos interesados por descubrir la verdad, pensó malhumorada.

La peor de las desgracias se cernió sobre ella esa tarde. Hacer las maletas en quince minutos. ¡My God! Qué mujer en su sano juicio se ve obligada a preparar no una ¡sino dos maletas! en tan sólo quince minutos, pensó apretándose la frente. Guardas unos pocos trapitos sin poder escoger las marcas de moda en la nueva temporada y huyes como gato frente a un baño. Dos biquinis, unos cuantos

conjuntos de ropa interior, dos vaqueros, un vestidito de noche por si acaso y a correr. Todas prendas horriblemente dobladas junto a una bolsa con los indispensables siete pares de zapatos, eso sí, en una preciosa bolsa keepall de Louis Vuitton. ¡Hasta aquí habríamos llegado! Se dijo enfadada pensando que ni muerta usaría una de esas maletas de mercadillo de barrio y que algunos seres grasientos llamados pobres suelen utilizar como bolsa de viaje. Rachel se sentó al lado de su "very best friend" mientras indicaba la dirección al servicial taxista. Observó por décimo quinta vez a su amiga que con la mirada perdida seguía sin largar bocado.

«¿Qué ha pasado? ¿Por qué Brenda no responde a mis llamadas? ¿Por qué habéis cambiado de destino?» A Rachel aún le zumban los gritos de Max en los oídos. "¿Qué está pasando! ¿Por qué no vienen a París? ¡Dónde está mi mujer!" Gritaba colérico.

"¡Y cómo demonios se supone que voy a saberlo!". En un momento estaban preparando un dulce viaje a París y al minuto siguiente estaban cambiando los pasajes al primer lugar que se le había ocurrido para esconder a una amiga que no dejaba de llorar y lamentarse en brazos de Connor. Menos mal que era tan buena actriz que se inventó un libreto digno de Holywood y consiguió apaciguar a unos maridos de lo más preguntones. Enfermar a su tía de España resultó ser su obra épica. Digna a mejor director y actriz principal. Sí, puede que no tener ninguna tía enferma en España no ayudara a que la mentira fuera muy sólida, pero cuando el agua te llega al cuello la creatividad asoma de formas bastante curiosas, se dijo sonriendo para ella misma.

Rachel suspiró nerviosa y decidió, al igual que Brenda, perderse en el paisaje tras la ventanilla. La asaltaban muchísimas dudas pero no era el momento de agobiar a Brenda con preguntas. Cuando estuviese preparada ya hablaría. Así era Brenda, siempre buscando el mejor momen-

to y ella la comprendía y respetaba por encima de todo. Ambas eran muy, pero muy, diferentes, y es allí, en el contraste, donde se forjan las verdaderas amistades. Como Versace y Armani, pensó divertida, que por muy diferentes que sean, si combinas una con la otra a veces queda divino de la muerte. Sí, así eran ellas, divinas cada una en sus estilos. Su Brenda, sensible, cariñosa, responsable, educada y con un carácter tan contenido como una gordita en una faja Triumph. Un día explotarás, le decía Connor, y al parecer ese día había llegado. ¿Por qué y por quién? Esa ya era harina de otro costal.

Una mano pequeña y temblorosa se depositó sobre la suya y Rachel dejó de pensar para acariciarla e infundirle valor. No necesitaba preguntar, las explicaciones ya llegarían. Si Brenda la buscaba, allí estaría, ¿después de todo cuántas veces fue Brenda la que se jugó el tipo por ella? Incontables, pensó sonriendo al recordar sus trastadas de niñita de internado privado. Ahora era una mujer adulta. Ella era Rachel Salazar, estrella de un par de películas, dos anuncios de cremas depilatorias y la participación estelar en cuatro capítulos de la gran telenovela "Memorias de un macho", pensó alzando el cuello y mirando con altivez. La gran Rachel dispuesta a quemarse el rímel por su única amiga.

—¿Por dónde? —Brenda habló con apenas energía y Rachel quiso morir de pena.

—Por allí —. Señaló en línea recta con una seguridad que no tenía. Después de todo, ella tampoco había estado jamás allí.

Ambas intentaron hacerse sitio entre una marabunta de mujeres de todas las edades y países que se concentraban a voz en grito en un lobby de hotel aún más atestado que la entrada. Jovencitas y no tan jovencitas lucían unos rostros sonrientes. Todas vestían la misma camiseta y Rachel observó el logo impreso en el centro. Un puño cerrado

en alto y dos dedos elevados en señal de victoria. Sonrió al instante reconociendo al grupo de Amazonas de Londres.

No estaba muy segura de si reservar en el mismo hotel que sus queridas Amazonas había sido una buena idea, pero la velocidad de los acontecimientos no le permitieron pensar otra alternativa menos desastrosa. Enfermar a su tía en Ibiza en plena temporada le pareció una buena alternativa aunque ahora comenzaba a dudarlo un poquito.

—Queridas Pink. Por igualdad salarial. ¡Ni una sola!  
—Gritó una forofa de apenas metro y medio y con el puño en alto.

—¡Ni una sin sus derechos! —Exaltaron las otras apuñalando el cielo.

Rachel sin poder contenerse levantó la mano para gritar al compás de las reclamadoras que cada vez se apretujaban más y más en la atestada recepción. Brenda la observó con los ojos fuera de sus órbitas intentando gritar ¡Por qué!, y Rachel se maldijo por su carácter incontrolado.

“Rasgo típico de nosotras las grandes”, pensó al recordar a Marilyn. Sería mejor que se explicase antes que a Brenda le diese una apoplejía.

—Verás, resulta que...

—¡Rachel! Serás zorra. No sabes cuánto me alegra verte.

—Bueno, no estoy exactamente por... —Dijo intentando explicarse cuando una señora tan corpulenta como una ballena varada se abalanzó y la estrujó entre sus mullidos brazos.

Rachel abría la boca como un pez fuera del agua mientras Brenda buscaba algo para darle en la cabeza y poder liberar a su amiga que comenzaba a ponerse de un azul casi morado. La doctora ya tenía su móvil en alto y maldiciendo por no haber extendido la garantía de su carísimo iPhone cuando la actriz consiguió liberarse por sus propios medios.

—Verás... —Dijo tosiendo e intentando recuperar el oxígeno —. My friend y yo...

La mujer corpulenta observó a Brenda y sin previo aviso se lanzó sobre la doctora que atónita y con el móvil aún en alto era absorbida por una "inmensidad" de corpulento cariño.

—Buffy, ella es Rachel, y si la sueltas seguro te dice lo encantada que está de conocerte —. Comentó con tono divertido al ver a la perfecta doctora Klein succionada por una mujer de enorme corazón.

Brenda fue liberada y levantó el cuello intentando llevar algo de oxígeno a sus pulmones cuando la misma pequeña de mofletes sonrosados y caderas anchas gritaba nuevamente con efusividad.

—Pinks, somos bellas, somos listas, somos únicas. ¡Qué somos!

—¡Amazonas! ¡Somos Amazonas! Ajú, Ajú —. Gritaron todas a coro y puño en alto.

La doctora intentaba comprender algo de lo que estaba pasando pero no tuvo oportunidad de preguntar. Buffy, que aún la sostenía por la espalda, se sumó al entusiasmo de las forofas. Levantó el brazo con semejante poderío que, en un momento, Brenda fue lanzada por el impulso cual balón de fútbol disparado por un borracho. Si no hubiese sido por que Rachel estaba delante y amortiguó el golpe, estaba segura que habría barrido el suelo con los dientes. Ambas amigas intentaban recobrar el equilibrio cuando una señorita con un cartel en alto señaló el camino de las Amazonas que la siguieron cual acaloradas devotas ante su mesías.

—¡Rachel! Nos vemos esta noche. Verás lo contenta que se pone Carol cuando le cuente que estás aquí.

El grupo se marchó dejando la recepción desolada y a una Brenda confundida.

—Sweet, no me mires así. No he matado a nadie —. Dijo con voz de mujer infractora.

—¿Pero quiénes son, desde cuándo, por qué...? — Brenda escupía las preguntas en un torrente incoherente de dudas mientras intentaba rescatar su bolso que, quién sabe por qué, se encontraba en la otra punta de la recepción.

—Señorita Salazar, señorita Klein. Habitación 271 y 274. Estas son vuestras llaves. El desayuno se sirve a partir de las nueve hasta las once y lo tenéis incluido en vuestras reservas. Las cenas son a partir de las ocho. Para mayor información no duden en consultarme —. Dijo una empleada muy amable y con un precioso recogido en alto mientras les extendía las llaves de la 271 y 274 respectivamente.

—Esperanza, por favor acompaña a nuestras invitadas.

—Si son tan amables de seguirme —. Dijo una jovencita de amplia sonrisa y hablando perfecto inglés.

Brenda asumió con desgana que las explicaciones se retrasarían. Las mujeres aceptaron la colaboración de la botones y subieron al ascensor sin decir palabra, aunque Rachel podía sentir la mirada acusadora de su amiga. Estaba claro que allí existía más de una "friend" con tenebrosos secretos y ella era una.

La botones abrió la puerta de la habitación, les enseñó las instrucciones del aire acondicionado y Rachel suplicaba que el tiempo se detuviese para poder huir y no tener necesidad de sincerarse.

—Qué, ¿Qué? ¡Qué! —Gritó cuando la empleada cerraba la puerta.

—Esta bien. Te lo contaré todo, pero no me mires así. Sweet, te pones horrible cuando frunces la frente, ¿te conté de esa crema...?

—¡Rachel! No te miro de ninguna forma —. Dijo mientras se acariciaba la pequeña arruga

—Ok, Ok, Keep calm. A ver como lo digo...

—El principio suele ser lo mejor.

—Ja y ja —dijo irónica—. Está bien. Llevo seis años siendo una Amazona, ya lo he dicho. Bueno no una Amazo-

na de esas... quiero decir sí una de estas Amazonas pero no una de esas de película griega aunque la verdad es que si me lo propusieran yo creo que...

—¿Seis? ¿Seis años? —¿Había dicho seis años?

Rachel se sentó apenada. Comprendía las dudas de Brenda.

—Yes. Sorry —. Dijo con los hombros caídos mientras sentada en la amplia cama delineaba con su dedo la hoja bordada del cobertor —¿Te preguntas por qué?

“Sí, entre otras tantas cosas”, pensó pero calló por no interrumpir.

—Sweet, yo nunca he sido ni tan especial ni tan inteligente como tú o como Connor..

—No digas eso... —. Contestó indignada, pero Rachel pidió silencio con la mano para continuar con su entristecida declaración.

—Cuando descubrí que los cuarenta me habían alcanzado antes que mi gran papel protagonista supe que mi carrera estaba perdida. Sueños de años inocentes se borraron en una gran tarta de nata y caramelo repleta de velas.

—Rachel eso no es así... —Brenda se recostó a su lado.

Ambas descansaban sobre el colchón con sus cabezas pegadas como cuando eran pequeñas y esperaban en un frío internado que las recogieran unos padres demasiado ausentes como para extrañar.

—Sí, Sweet, esa es la verdad. Soy una estrella pero sin pintar. Mi papel aún no me ha llegado, pero no te aflijas, lo he superado... Hubo una época en la que me sentí inútil e inservible. Vieja e inútil. Pero todo eso ya ha pasado. Ahora ya me veo como realmente soy —. Dijo intentando ocultar la turbia realidad —. Soy una estrella con luz propia, con o sin papel, la gran Rachel Salazar, le guste a quien le guste.

Brenda sonrió sin ganas.

—¿Por qué no confiaste en mí? —La pregunta transmitió una pena que hizo que Rachel se sintiera aún peor.

—Sweet —respondió con especial ternura—, somos las mejores amigas y sé que cuento contigo, igual que tú lo haces conmigo, pero existen ciertas pruebas de vida que debemos asumir "alone". Y esta fue la mía. Ya sabes, como cuando tienes que cambiar de color de tinte pero no sabes que color escoger. La pruebas y ya está. Nadie puede darte su pelo ni su rostro, pues a mí me pasó lo mismo. Afronté mis dudas y asumí mis... ¿años?

Brenda negó con la cabeza intentando desviarla de un tema que estaba claro que para ella era tan doloroso.

—¿Por qué Las Amazonas?

—Casualidad, accidente, no lo sé, la verdad es que no lo recuerdo bien. Digamos que cuando me di cuenta ya estaba en la primera reunión. ¿Sabes algo, Sweet?, es curioso pero cuando estoy con ellas me siento especial. Allí todas tenemos algo que nos hace sentir importantes. Nosotras nos sentimos...— Rachel respiró con profundidad y continuó— mujeres sin pecados. Dignas de merecernos lo mejor.

—Yo podría haberte ayudado... —Brenda habló con un pequeño deje de celos en sus palabras. ¿Qué tan buena psicóloga era si fue incapaz de ayudar a su mejor amiga cuando más la necesitaba?

—Por supuesto que podías —dijo mirándola sonriente—. Siempre has podido pero necesitaba ser yo quien comenzara a caminar. A veces los secretos necesitan tiempo para madurar antes de dejarse ver... —Comentó con doble sentido en sus palabras

Brenda no pudo contestar. Ambas quedaron calladas analizando la pintura desgastada del techo. Las dos pensaban, pero analizando mundos diferentes. Rachel estaba feliz por haberse sincerado. No le gustaba reconocer que el peso de los años le daba miedo y que sufría por cientos de oportunidades perdidas, pero con las Amazonas había des-

cubierto que aún quedaban unas cuantas miles por descubrir, Brenda sin embargo se sentía peor que antes, ahora no sólo era una mala esposa, sino una mala amiga, una mala psicóloga... una mala...mujer.

Las dos, recostadas en la cama, analizaban sus mundos mientras los minutos se perdían bajo el renqueante sonido de un aire acondicionado deseoso por jubilarse. Rachel esperó y esperó. Estaba segura que Brenda se abriría. ¿Qué le pasaba que no ofrecía ni la mitad de lo que exigía? La actriz sonrió sin ganas mirando la blanca pintura de la pared. Su amiga no se encontraba mucho mejor que ella misma seis años atrás. La maravillosa doctora Klein, esa a la que todos acudían para solucionar sus problemas, se encontraba perdida y sin fuerzas para confiar...

“Pobrecita”. Pensó entristecida, Brenda se encontraba a un plis de darse cuenta que la perfecta doctora Klein se merecía tener momentos de imperfección. Rachel pensó y pensó las mil y una formas para conseguir que Brenda se abriera. Contraatacaría con toda su artillería. Brenda saldría de esa profunda pena a pesar de ella misma. Iba a ayudar a su amiga le pese a quien le pese. Estaba dispuesta a comenzar con su ataque verbal cuando un sonido suave de respiración profunda la hizo sonreír. Era Brenda y estaba completamente dormida. Después de un enorme puñado de calmantes que ella y Connor consiguieron hacerle tomar, al fin conseguía descansar.

—Descansa, mi Sweet —. Dijo mientras maternalmente la cubría con un delicado cobertor —. Estaré aquí cuando despiertes...